

sus tremendas responsabilidades, la árdua empresa de reconstruir y poner algún orden á aquel estado caótico y pavoroso de la Nación, y lo primero que hizo, como estaba indicado por su propia naturaleza, fué emprender una campaña por el interior de la República, con el fin de pacificar los Estados y las comarcas que aun se mantenían en una actitud insurrecta. Una vez alcanzada la pacificación emprendida, fué consiguiente que, sobreviniera una era de relativo bienestar, pero sin tocar, como algunos creen, la meta de prosperidad y de engrandecimiento apetecibles. En los primeros tiempos de su gobierno no le fué posible rodearse de hombres de grandes aptitudes para hacer algo de provecho respecto de la regeneración y el adelantamiento nacionales, y tuvo que designar como miembros del primer gabinete porfirista á hombres prestigiados por su radicalismo notorio, aunque de apreciaciones entre sí divergentes.

Mientras el Congreso de la Unión declaraba quién había de ser el Presidente constitucional ó interino, y mientras el General Díaz marchaba á desintegrar los elementos creados por Iglesias, que aspiraba á la Presidencia, dejó en la Capital, encargado del Poder Ejecutivo, al General de División Dn. Juan Nepomuceno Méndez, segundo en Jefe del Ejército constitucionalista, y los demás cargos del Gabinete quedaron repartidos en la siguiente forma:

El Ministerio de Relaciones exteriores quedó á cargo del Lic. Dn. Ignacio L. Vallarta; el de Gobernación, á cargo del Lic. Dn. Protasio P. Tagle; el de la Guerra, á cargo del General de división Dn. Pedro Ogazón; el de Justicia é Instrucción Pública, á cargo de Dn. Ignacio Ramírez, llamado por algunos "el Nigromante"; el de Hacienda, á cargo del Lic. Dn. Justo Benitez; el de Fomento, Colonización, Industria y Comercio, á cargo del General Dn. Vicente Riva Palacio. Todos estos personajes fueron los que crearon los primeros elementos con los cuales empezó sus trabajos administrativos el hombre á quien después han dado en llamar antonomásticamente "el héroe del 2 de Abril."

El ha sabido conducir á la Nación, con *virga ferrea*, por un sendero pacífico y de embrionaria prosperidad, empleando un sistema de Democracia espuria por la supresión ó depresión de las libertades que le son propias.

Actualmente se trabaja por su séptima reelección. Hacemos al cielo votos fervientes porque los horrores de la política no esterilicen las maravillas de la creación, las cuales deberían hacer de México el pueblo más rico, floreciente y hermoso del mundo. Todo estriba en que el hombre no destruya la obra de la Providencia. Efectivamente, "la desgracia de México no es otra cosa que la rebeldía del hombre contra Dios."

EPILOGO

"THE TIDINGS", periódico oficial de la Diócesis católica de Monterrey y los Angeles—Vol. XV, número 48 — publica lo siguiente.

JUBILEO DE ORO DEL REVERENDO PADRE O' KEEFE.

Celebra en el mismo altar donde recibió el Hábito Franciscano hace cincuenta años.—La Orden le hace el presente de un báculo y una corona de oro.—Brillante elogio contenido en elocuente sermón del Ilmo. Sr. Obispo Conaty.

El miércoles 17 de Noviembre se celebró con gran solemnidad en la Antigua Misión de Santa Bárbara, el quinquagésimo aniversario de la profesión religiosa del Muy Reverendo Padre José O' Keefe, O. F. M. concurriendo un gran número de miembros de la Orden Franciscana, de diferentes partes del Estado, así como del clero de la Diócesis. La Iglesia de la Antigua Misión, estaba hermosamente adornada; el altar mayor era un verdadero tapiz de crisantemos amarillos, que representaban los años del jubileo de oro. El Ilustrísimo Señor Obispo Conaty fué huésped del Monasterio, al que llegó el martes en la noche. Las ceremonias comenzaron el miércoles en la mañana, siendo escoltado el Muy Reverendo Padre, cuyo jubileo se celebraba, desde el monasterio hasta la Iglesia de la Antigua Misión; formaban la procesión los Hermanos de la Comunidad, los clérigos y los Padres, así como muchos sacerdotes que se encontraban de visita. El Muy Ilustre Monseñor P. Harnett, V. G., precedía á los oficiantes de la misa y á los asistentes del Sr. Obispo. El Padre O' Keefe, llevando el Hábito de la Orden, con sobrepelliz y estola y sosteniendo una cruz procesional, era precedido por

un clérigo que llevaba la corona que se iba á imponer, de acuerdo con las ceremonias acostumbradas por la Orden Franciscana; y como asistentes del Padre O' Keefe, iban el Muy Reverendo Pedro Wallischeck, O. F. M., el Muy Reverendo Teodoro Arentz, O. F. M., Guardián de la Antigua Misión y el Muy Reverendo Víctor Aertker, O. F. M.

Al dirigirse la procesión á la Capilla, los clérigos cantaron los salmos prescritos por el ritual. Siguió una solemne misa cantada, asistiendo en el trono el Señor Obispo, de mitra y capa pluvial. El Reverendo Padre jubilaro, ofició como celebrante, con el Padre Teófilo, O. F. M., y el Padre Gregorio, O. F. M., de Diácono y Subdiácono respectivamente, siendo asistente del celebrante, el Muy Reverendo Padre Pedro Wallischeck, O. F. M., Superior de los Franciscanos en la costa del Pacífico. El Muy Reverendo Padre Roberto E. Kenna, S. J., asistió en el trono al Señor Obispo, oficiando como Diáconos de honor, el Reverendo Padre A. Garriga, de San Luis Obispo y el Reverendo Padre Juan Pujol, de Oxnard. Fué maestro de ceremonias el Padre Conrado O. F. M., en unión del Reverendo Padre E. H. Brady, de los Angeles, como maestro de ceremonias del trono. La parte musical desempeñada por los coros unidos de la Misión y del Colegio, estuvo bajo la dirección del Reverendo Padre Florián Zettel, O. F. M. Antes de la Misa se entonó el Veni Creator por el Padre O' Keefe, siendo cantado á continuación por los mismos coros unidos.

Después del Evangelio, predicó un sermón en español el Reverendo Padre Daniel Meza, O. F. M., recientemente nombrado de México, para la Misión de San Luis Rey. Habló de la excelencia de la vida religiosa, del sacrificio de sí mismo que exige del religioso, haciendo después mención de los cincuenta años de la vida santa, celosa y de sacrificio propio del Padre O' Keefe, como Franciscano.

Humilde petición del Jubilaro.

Al fin de la Misa, el Muy Reverendo Padre Pedro, como Superior de la Orden, preguntó al Reverendo Padre O' Keefe qué cosa deseaba, y en respuesta solicitó se le concediera el privilegio de celebrar su jubileo de oro en acción de gracias á Dios, por las muchas mercedes que había recibido durante su vida religiosa.

Predicó á continuación el Señor Obispo, tomando su texto del Eclesiástico L. 1—3, 12—17.

“Simón, Sumo Sacerdote, hijo de Onías, durante su vida levantó de nuevo la casa del Señor, y en sus tiempos fué el restaurador del templo. Por él fué también fundada la altura del templo, el edificio doble y los altos muros del templo. En sus días se renovaron los manantiales de las aguas en los pozos, los cuales se llenaron sobremanera, como un mar.

“Cuando subía al altar, hacía honor á las vestiduras sagradas, y así mismo, cuando recibía de las manos de los sacerdotes una parte de la hostia ú ofrenda, estando él en pié junto al altar, circuido del coro de sus hermanos y á la manera de un alto cedro sobre el Monte Líbano, como una palmera cercada de sus renuevos, así estaban al rededor suyo todos los hijos de Aaraon, con su magnificencia, los cuales tenían en sus manos la oblación que había de ofrecerse al Señor, en presencia de toda la Congregación de Israel; y él consumando el sacrificio para hacer más solemne la ofrenda al Rey Altísimo, extendía la mano para hacer la libación y derramaba la sangre de la uva, esparciéndola al pié del altar, en olor suavísimo al Altísimo Príncipe.”

Hermoso elogio del jubilaro, por el Ilustrísimo Sr. Conaty.

Publicamos á continuación algunos extractos del sermón predicado por el Sr. Obispo Conaty:

“Al agruparse el clero y fieles al rededor del altar de esta Antigua Misión para solemnizar el jubileo de oro del muy amado Padre O' Keefe, parece muy apropiado aplicarle las palabras del escritor sagrado, al describir el carácter del Sumo Sacerdote Simón; porque, como él, el Padre O' Keefe, ha honrado las vestiduras sagradas al subir al altar santo. Ha consagrado toda su vida á levantar de nuevo la casa de sus hermanos en religión y á restaurar el templo; al rededor y cerca de él, está el coro de sus hermanos y ante toda la Congregación ha extendido la mano para hacer la libación y derramar la sangre de la uva. Le honramos hoy, como al noble sacerdote de Dios, al humilde religioso de San Francisco, al hombre encanecido en el servicio de su Señor, y cuya vida se ha pasado en el interés de las cosas de Dios, la construcción de su casa y la fortificación de su templo.”

Celebra el Jubileo de Oro en el mismo altar donde entró en Religión.

“Hay en esta ocasión muchas cosas reunidas que parecen ser enteramente providenciales. Nuestro amado jubilaro celebra la fiesta de su jubileo de oro en religión, en el mismo altar, donde en 1860 recibió el hábito Franciscano, al hacer su entrada á la vida religiosa. En la iglesia parroquial de la ciudad de Santa Bárbara, cerca de esta misión, recibió en 1868 la orden del presbiterado y en esta misión pasó 34 años, de los cincuenta de su vida religiosa. Hizo su noviciado en esta misión y por algunos años fué profesor y director del colegio. Sus cincuenta años de fiel servicio, puede decirse que han estado consagrados casi enteramente á esta misión y á la obra que la misma misión ha emprendido. En los días de pruebas y de dificultades, tenía siempre un buen acopio de valor y de esperanza. De él vino la energía que hizo que las paredes que se desmoronaban volvieran á adquirir firmeza y la antigua misión se restaurara hasta alcanzar el grado de belleza que en la actualidad tiene. Debido á su valor y celo la misión cobró nueva vida y se obtuvieron los recursos necesarios para que su restauración fuese completa; la bóveda y techo de esta misma capilla, fueron por él reconstruídos y una buena parte del monasterio hecha nuevamente útil y cómoda. El largo viaje que emprendió á México, fué con el objeto de procurarse ayuda; viaje á través del Océano de California á Acapulco en un buque en malas condiciones para la navegación; viaje de 250 millas á lomo de mula y á través de un país desconocido desde la costa hasta la ciudad de México. Las privaciones y trabajos que sufrió, recuerdan los días de nuestros primeros padres y atestiguan, la devoción, celo y valor del P. O’Keefe. Fracasó en su misión financiera y volvió á su amada misión de Santa Bárbara, solo para escogitar nuevos medios que dieron el mejor resultado y con los que no sólo se restauró la Misión, sino que aumentó la comunidad, la que de un simple puñado de religiosos, creció hasta convertirse en un cuerpo de sacerdotes y hermanos, que están trabajando en el servicio de Dios, y de un extremo al otro de esta costa. La historia de la Misión de Santa Bárbara, registra como uno de sus notables y sobresalientes personajes el genio del P.

O’Keefe, á cuyos trabajos y abnegación debe el encontrarse en sus magníficas condiciones actuales.

Cincuenta años constituyen un largo espacio en la vida y en una sección del país, como California, comprende importantes períodos de crecimiento y adelanto nacional y religioso. Semejante espacio de tiempo no se concede con frecuencia al abnegado, incansable y paciente trabajador de la viña del Señor; representa años de pruebas y tentaciones, sufrimientos y privaciones que afectan seriamente la vida física de un hombre; representa ansiosa vigilancia, ardiente plegaria, confianza en Dios y en el prójimo, resolución para hacer lo que exige el cumplimiento de la obligación. Esos años cuentan la historia de un apostolado en el servicio de Nuestro Divino Salvador.

La consideración de los cincuenta años transcurridos, manifiesta muchos cambios.

“El P. O’Keefe puede hoy volver la mirada hácia atrás sobre todos esos años y considerar el trabajo que ha llevado á cabo y sin embargo, nosotros bien sabemos que al volver la vista hácia atrás, solo servirá para hacerle comprender cuan bueno ha sido Dios para con él, al utilizarle como instrumento para la obra maravillosa de la reedificación y el desarrollo de la religión. Al estar hoy de pié ante el altar y ofrecer el eterno sacrificio en acción de gracias por sus cincuenta años de vida religiosa, su corazón desbordado de gratitud para con Dios, por todo lo que Dios ha hecho para él y por medio de él en todos esos años de servicios. Si vuelve la vista sobre esos cincuenta años, no puede menos de conocer que es el único que queda de todos los que estuvieron á su alrededor el día de su profesión religiosa en 1860, cuando rogó se le permitiera llevar el hábito del Franciscano y servir á Dios en la Santa Religión. Al estar hoy de pié ante el mismo altar, no pudo menos de acordarse de lo que era entonces—un joven irlandés que en 1854, seis años antes, había venido á California con sus padres, sintiendo desde sus primeros años el llamado de Dios á la religión; presentándose en el Seminario Diocesano de Santo Tomás, en San Francisco, donde vivamente se fijó su vocación á la vida religiosa; volviendo luego á Santa Bárbara con objeto de prepararse para su ingreso á esta comunidad. California tenía

entonces pocos años de pertenecer á los Estados de la Gran República; el oro de sus montañas y valles había atraído de todas partes, gentes en busca de fortuna y no había, en ese tiempo, habitaciones para una gran población sobre la costa. En nuestras comarcas del Sur, había grandes tribus de indios que habían aceptado la Fé Católica que les enseñaban los Padres Franciscanos. Un gran número de descendientes de familias españolas, debía encontrarse en muchos de los ranchos y pocas personas de habla inglesa, se habían establecido al Sur de California. Las antiguas Misiones refirieron la historia de la obra llevada á cabo por la Religión; pero debido á la secularización, pronto se convirtieron en ruinas. San Francisco tenía una población de cerca de 40,000 habitantes; Los Angeles, era entonces un pueblo y abarcaba un territorio mayor que el que tiene actualmente el condado de Los Angeles y contaba con unos cuantos miles de habitantes. La Diócesis de Monterrey había sido establecida en 1840 y el Sr. Obispo G. Diego, de la Orden Franciscana había sido consagrado como su primer Pastor; su cuerpo descansa cerca del altar donde nuestro jubilaro pronunció sus votos. Cuando en 1854 vino á California el Padre O'Keefe, San Francisco fué erigida como Arquidiócesis, siendo su Primer Arzobispo el Ilmo. Sr. Alemany, sucesor del Ilmo. Sr. G. Diego. Ese año fué designado para esta Diócesis el Ilmo. Amat y de sus manos recibió la ordenación el Padre O'Keefe en 1868. Tres ó cuatro sacerdotes representaban la fuerza de la Orden Franciscana y no llegaba á veinte el número de personas del Clero en toda la Diócesis. Si nuestro jubilaro, compara estas cifras del día de su ordenación, con las presentes, encuentra que la población católica de esta diócesis, es de cerca de 100,000 con casi 200 sacerdotes, mientras la población católica de California pasa de 400,000 con 550 sacerdotes, habiendo aumentado maravillosamente la Orden Franciscana de aquel tiempo á la fecha en que tiene comunidades en todas las diócesis de la costa.

“El P. O'Keefe fué asociado al Colegio que sostenía la Misión. Los años pasados por él en la dirección de la juventud, en circunstancias que pusieron á prueba su paciencia y resignación fueron muy meritorios ante Dios por haber puesto los cimientos para el mejor desarrollo de su orden. Falto de recur-

sos y sin el suficiente número de profesores, el P. O'Keefe se veía obligado á trabajar de día y de noche, para cumplir con los deberes del cargo que se le había confiado.

Se le encomienda la reconstrucción de la Misión de San Luis Rey.

“En 1892 los superiores confiaron á su cuidado la reconstrucción de la Misión de San Luis Rey y su establecimiento como casa de estudios para los Franciscanos de México. Esa obra es tan reciente, que hoy podemos apreciar perfectamente la gran lucha que sostuvo, así como el éxito que coronó sus esfuerzos. La antigua Misión ha sido ampliamente reconstruída, habiendo tenido el P. O'Keefe, no solo que idear la obra, sino que trabajar también personalmente en ella. Le hemos visto dirigiendo la construcción, vigilando la fabricación de ladrillo, ideando la estructura toda y dejarla solo para ir á solicitar los fondos necesarios para poder pagar el trabajo ya efectuado. Restaurada la Misión de San Luis Rey, queda como un monumento que atestigua sus trabajos y entera consagración á los ideales de San Francisco, su gran patrono.

“Al volver la vista hácia atrás, sobre esos cincuenta años, tiene el consuelo de haber gozado de la confianza de los Obispos y sacerdotes de California; y no solo su confianza, sino también su más calurosa estimación; porque los Obispos y los sacerdotes han reconocido en el P. O'Keefe, al hombre de Dios, bienhechor de el pueblo, discípulo de Cristo, hijo humilde y sencillo de San Francisco, que no tiene más ambición que emplearse y ser empleado en el interés de la Religión, trabajando por la salvación de su propia alma y la de aquellos que se le confían á su cuidado. Ha sido siempre el amigo y compañero del clero, el que á su vez, lo estima, porque reconoce en él, la bondad de un padre, el celo de un buen sacerdote, la sencillez de un fiel Religioso, solicitando su colaboración en el trabajo parroquial y encontrándole siempre pronto para venir en su ayuda. Ha servido cincuenta años en esta diócesis y todos están de acuerdo en considerarle como delegado de Cristo, padre de los pobres, consuelo de los que sufren y salvador de los pecadores. Respondía prontamente al llamado de los sacerdotes ó de los fieles y nada le importaba la distancia ó la fatiga, cuando algún pobre